



La existencia y el estertor: Una posibilidad filosófica en la obra de Arthur Schopenhauer*.

The existence and the rattle: A philosophical possibility in the work of Arthur Schopenhauer.

Campo Elías Flórez Pabón**
ceflorez@unipamplona.edu.co

Recibido: 19/11/2012

Aceptado: 20/02/2013

Resumen: El presente artículo de reflexión, retoma el tema de la vida y la muerte en los labios de Schopenhauer, o más bien, recuerda al lector cómo él asumió dicha temática, es decir, como un rebelde, un incomprendido para quien estos temas pasaron percibidos y desapercibidos al mismo tiempo, pero con la profundidad de quién ha vivido y bebido de las fuentes de la sabiduría para retomarlos, y no sólo con el sello de Occidente sino con el de Oriente también. Esta es la riqueza del autor, y es asimismo lo que pretendemos relatar y resaltar frente al par de opuestos filosóficos categoriales que se exponen en el título de la presente reflexión: la existencia y estertor.

Palabras clave: Vida; muerte; dolor; Schopenhauer; felicidad; velo de Maya.

Abstract: This article of reflection, takes up the theme of life and death on the lips of Schopenhauer, or rather, reminds the reader how he took that issue, that is, as a rebel, a misunderstood for whom these issues received and passed unnoticed while, but with the depth of who has lived and drank from the fountains of wisdom to retake it, and not just with the seal of the West but also the East. This is the richness of the author, and is also what we want to relate and highlight against the pair of opposites philosophical categories that are shown in the title of this reflection: the existence and rattle.

Key words: Life; death; pain; Schopenhauer; Happiness; Veil of Maya.

* El presente trabajo está asociado como uno de los productos del semillero de investigación de Derecho y Sociedad que el autor desarrolló en la línea de Filosofía del Derecho, pertenecientes al grupo *Instituciones Jurídico Procesales, Filosofía del Derecho y Derecho y Modernidad* en la Universidad de Pamplona, dentro del proceso investigativo y reflexivo que la academia propicia en aras de la formación integral en el año 2011.

** Colombiano. Licenciado en Filosofía de la Universidad San Buenaventura. Especialista en gestión de proyectos informáticos de la Universidad de Pamplona. Magister en Filosofía de la Universidad Industrial de Santander. Actualmente es docente tiempo completo de la Universidad de Pamplona. Adscrito a la Facultad de Artes y Humanidades. Docente investigador del Programa de filosofía de la Universidad de Pamplona.

1 Introducción

Murieron otros, pero aquello aconteció en el pasado, que es la estación (nadie lo ignora) más propicia a la muerte.

¿Es posible que yo, súbdito de Yaqub Almanzur, muera como tuvieron que morir las rosas y Aristóteles?¹

Murieron otros, murieron todos, morirán todos, pero... y ¿yo? ¿Yo también?²

Creo que hablar de vida y muerte hoy día no es novedoso, es más ríos de tinta han sido vertidos y bosques han sido desolados a costa de tal tema, no es nada creativo hablar de Tánatos y de Eros, ya que la literatura académica y otras clases de ensayos abordan a cada instante el tema. Quizá lo inquietante de hablar de vida y muerte es ponerlo en los labios de Schopenhauer o más bien recordar cómo él asumió esta temática, un rebelde, un incomprendido para estos temas, pero con la profundidad de quién ha vivido y bebido de las fuentes de la sabiduría para retomarlo, y no sólo con el sello de Occidente sino con el de Oriente también, esta es su riqueza esto es lo que pretendemos relatar.

Schopenhauer es un pensador poco referido, tal vez porque sus comentaristas lo han encasillado como un filósofo del pesimismo, que engloba el concepto de vida y quizá existencia; que habla del dolor, pero que no se aleja de la muerte sino de lo que el ser humano hoy día le parece importante y es su bienestar y las características de la ética aristotélica: la felicidad como meta de la vida hedonista del siglo XXI. Tal vez como lo propone Savater, en la sentencia de este escrito, es el escritor y pensador que le revela al pensamiento la realidad de

¹ BORGES, Jorge Luis. *Cuarteta, Obra poetica completa*. Alianza, Madrid, 1999, pp. 33-34.

² SAVATER, Fernando. *Las preguntas de la vida*. Ariel, Barcelona, 2000, p. 34.

la existencia, que permea la unidad bio-psíquica que representa el sistema, que es el cuerpo humano, y dentro de esta nos muestra a la muerte como una realidad inminente a través de ejes como el sufrimiento y quizá el dolor. Es decir, que "todos mueren." incluso yo.

Es revelar con él, quién corre el manto, no de Maya³, sino de la realidad más particular y personal que tenemos los seres humanos: la postrimería de la existencia. Es ser Almanzur, en la pluma de Borges viendo como su vida fenece como fenecen las rosas. Al punto que se le endilguen a Schopenhauer una serie de colores, como pensador gris, o negro o quizá oscuro, al ver no querer ver la realidad de nuestro mundo representado como realidad caduca. Al respecto Eduard von Hartmann nos explica:

Como la Voluntad de Schopenhauer, lo Inconsciente representa el dolor y el sufrimiento, pero también como aquélla, la evolución del mundo y la progresiva irrupción de la conciencia son actos indispensables del gran drama que conduce, finalmente, a la aniquilación del dolor de lo Inconsciente y a la salvación. Esta salvación necesita para ser llevada a cabo la actividad del hombre y el progreso de la historia, y por eso el pesimismo que produce la conciencia de la existencia del mundo puede transformarse en un optimismo activista, que tienda en todas las esferas, por el cumplimiento cabal de la historia y de la cultura, a la definitiva salvación⁴.

³ Entiéndase por Velo de Maya un camino de abandono de la prisión fenoménica expuesta por Kant, como un comprender que los fenómenos no agotan la realidad, sino que son la forma en que ésta se nos presenta a través del filtro categorial, que son para nosotros lo real y no su esencia, una representación o idea (*Vorstellung*) que gobierna ciegamente e incondiciona la voluntad que gobierna al mundo. Propongo que el pensamiento de Schopenhauer, de manera explícita y patente, está '*orientado a buscar un remedio eficaz contra el sufrimiento y la desolación de la vida*'. Es decir, el ejercicio filosófico Schopenhaueriano, es rasgar el velo de opacidad que posibilita la impiedad del optimismo de nuestras sociedades actuales, las cuales sólo predicán el bienestar; y desentramar la verdad oculta del mundo, el cual es una gran mascarada donde las cosas no aparecen en su ser ni son lo que representan.

⁴ VON HARTMANN, Eduard. Citado en FERRATER, José. *Diccionario de Filosofía*. Sudamericana, Buenos Aires, 1964, p 803.

Lo cual nos implica que probablemente el autor no sólo sea monocromático sino que en su obra se presenten escalas cromáticas simples y complejas, las cuáles serán parte de nuestro tema de discusión en el presente artículo. Y es que según Ferrater Mora "Schopenhauer rechaza el método y el contenido de la filosofía romántica, pero se opone no menos decididamente al racionalismo entendido en el sentido de la Ilustración. (Presentando a) La razón como análisis intelectual que no es más que una derivación de la intuición primaria, genial, absoluta"⁵ Haciendo del autor un pensador alejado del pesimismo como muchos creen, sino más bien como Hartmann explica, un pensador del optimismo activista que tiende a todas las esferas de la vida cotidiana, y que habla con sencillez y sinceridad de lo que es nuestro mundo, pero ante todo nuestra existencia.

Lo anterior, ha provocado un silencio académico, que ha perdurado en buena medida hasta nuestros días, en donde no se quiere aceptar a voz en grito que nuestro autor no es lo que la historia y sus comentaristas definitivamente han querido creer, un pensador del pesimismo, y si lo coloreamos un pensador gris, que busca la gama de los negros que ubican nuestra existencia. Aunque últimamente, ha sido señalado como una de las principales influencias de algunos importantes filósofos contemporáneos, como Adorno o Horkheimer, por lo que se hace interesante conocerlo, cosa que parece sucediendo⁶ en la academia y este escrito también es muestra de ello.

⁵ FERRATER, José. *Diccionario de Filosofía*, p 627.

⁶ Su genialidad y brillantez, su sentido del humor, y el desarrollo de una metafísica potente, han proporcionado a Schopenhauer adhesiones de las mentes contemporáneas más brillantes. Además de los ya mencionados filósofos, Freud, también se inspiró en sus ideas, lo mismo Nietzsche, más sincero y quien le dedicó un libro entero, titulado *Schopenhauer educador*. También Einstein afirmó que después de haber leído a Schopenhauer su

Por dichas razones, podemos afirmar lo importante que se hace para nosotros conocer al escritor y presentarlo no como un pesimista de la existencia, sino como el ser abierto a la posibilidad de aceptar la muerte como la realidad primerísima de la vida mediante la conciencia y la voluntad. En vista de estos datos, podemos afirmar que el objetivo del presente escrito es hacernos la pregunta por la vida y la muerte en la obra de Schopenhauer, y observar cómo el autor nos lleva por los caminos de la representación, a través de la voluntad. Es decir, mostrar cómo lo hizo Schopenhauer, en donde propone "la Voluntad como el origen de todo dolor y de todo mal; y donde el querer, es primordialmente querer vivir y donde la vida no es nunca algo completo y definitivo. Donde lo que a veces apacigua momentáneamente este perpetuo afán de vida es simplemente la falta de conciencia, el desconocimiento del carácter esencialmente insatisfactorio e irracional del impulso volitivo"⁷ que nosotros llamamos querer y que contamina nuestras vidas.

Para desarrollar el presente objetivo vamos utilizar un método de análisis hermenéutico de la obra principal del autor, *El mundo como voluntad y representación*, donde a través de comentaristas, y el mismo autor podamos exponer y enriquecer la postura sobre la vida y la muerte. De tal forma para alcanzar este cometido, ofreceremos una pequeña introducción con cuatro puntos clave en esta discusión, la cual nos permitirá presentar qué entiende el autor por vida, para presentar su antítesis de la muerte, presentando en las dos posturas la posibilidad de hablar del autor como un optimista de la vida, del mundo y no un pesimista del dolor como muchos lo han querido ver. Finalizando, con unas conclusiones que recojan el espíritu crítico del autor sobre estos temas mirando el presente.

concepción de la muerte había cambiado radicalmente, Wittgenstein, Kierkegaard, y una larga lista de autores no escapan a la influencia de *El mundo como voluntad y representación*, obra que filosófica y literariamente es el centro y eje de su sistema.

⁷ FERRATER, José. *Diccionario de Filosofía*, p 1681.

2.- Cuatro puntos fundamentales en el pensamiento de Schopenhauer

Primero, Schopenhauer tomó de Kant la diferencia entre lo que percibimos (fenómeno) y la cosa en sí (noúmeno). El mundo que percibimos no es sino el resultado de nuestras representaciones. En donde todo lo que existe, existe para el pensamiento.

De hecho, el primer elemento kantiano que asume preside toda su concepción de la realidad: se trata del idealismo transcendental con su distinción de fenómeno y cosa en sí, distinción que en él se traduce, como indica el propio título de la presente obra, en la dualidad de voluntad y representación: dualidad, que no dualismo, ya que voluntad y representación no son dos realidades distintas sino dos caras complementarias e inseparables de un mismo ser: el mundo⁸.

Pero, a diferencia de Kant, Schopenhauer entiende que tenemos un modo de acceder al noúmeno, a la cosa en sí (*Ding an sich*). Por medio de la voluntad, que no es otra cosa que "Nosotros mismos, ya que somos la cosa en sí"⁹. Pero volvamos al autor para que nos explique un poco más los alcances de su aseveración.

Puesto que la voluntad es la cosa en sí, el contenido interno, lo esencial del mundo, pero la vida, el mundo visible o el fenómeno es el simple espejo de la voluntad, y esta acompañará a la voluntad tan inseparablemente como al cuerpo su sombra: y donde haya voluntad habrá también vida y mundo. Así pues, la voluntad de vivir tiene asegurada la vida y mientras estamos llenos de voluntad de vivir no podemos estar preocupados por nuestra existencia ni siquiera ante la visión de la muerte¹⁰.

⁸ LÓPEZ DE SANTA MARÍA, Pilar. «Introducción». En SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*. Trotta, Madrid, 1988, p. 5.

⁹ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 563.

¹⁰ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 323.

Segundo, su obra está estructurada en cuatro libros; dos están dedicados a analizar el mundo como representación, y los otros dos dedicados al mundo como voluntad. Esta obra incluía un apéndice en el que el autor da un paso crítico a unas ideas importantes de la filosofía de Kant, autor del que Schopenhauer se sintió en parte heredero y continuador tras haber tomado (aunque fuese para criticarlas o matizarlas) de la obra kantiana muchas ideas que luego él mismo reelaboró y rebatió en sus obras. "En verdad, Schopenhauer toma de Kant mucho menos de lo que deja, pero a lo que toma le da un puesto sumamente relevante en su filosofía"¹¹ Es decir, el pensamiento de nuestro autor quiere proponer elementos éticos y metafísicos, pues creía en la naturaleza espiritual de toda realidad. Aceptaba, con algunas reservas, algunos pensamientos de Kant según los cuales los fenómenos existen sólo en la medida en que la mente los percibe como representaciones para mí y no en sí, aunque esto le generaba algo de desacuerdo con éste, ya que en la 'cosa-en-sí' (*Ding an sich*), o realidad última, exista más allá de la experiencia que yo pueda tener.

Tercero, la reflexión de Schopenhauer parte de un pesimismo existencial que nace con el descubrimiento del dolor como el sentimiento que domina el mundo y la vida de la especie humana y percibe que la única realidad que el hombre puede conocer desde dentro y no a través de la visión externa es su propia realidad como individuo. Para Schopenhauer, la tragedia de la vida surge de la naturaleza de la voluntad, que incita al individuo sin cesar hacia la consecución de metas sucesivas, ninguna de las cuales puede proporcionar satisfacción permanente a la actividad infinita de la fuerza de la vida, o voluntad.

¹¹ LÓPEZ DE SANTA MARÍA, Pilar. «Introducción». SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 5.

Querer es esencialmente sufrir, y como vivir es querer, toda vida es por esencia dolor. Cuanto más elevado es el ser, más sufre... La vida del hombre no es más que una lucha por la existencia, con la certidumbre de resultar vencido. La vida es una cacería incesante, donde los seres, unas veces cazadores y otras cazados, se disputan las piltrafas de una horrible presa. Es una historia natural del dolor, que se resume así: querer sin motivo, sufrir siempre, luchar de continuo, y después morir¹².

Así, la voluntad lleva a la persona al dolor, remedio al sufrimiento y a la muerte; a un ciclo sin fin de nacimiento, muerte y renacimiento, y la actividad de la voluntad sólo puede ser llevada a un fin a través de una actitud de renuncia, -como el budismo lo predica, el desprenderse de las cosas, porque el desear es la causa del sufrimiento-, en la que la razón gobierne la voluntad hasta el punto que cese de esforzarse. Un ejemplo claro de esta clase de sufrimiento lo encontramos en el texto sagrado con la persona de Job, que experimenta el sentimiento de nuestro autor. "Luego se sentaron en el suelo junto a él y estuvieron así siete días y siete noches sin dirigirle la palabra, pues veían que su dolor era muy grande"¹³. Siendo éste el iceberg del pensamiento budista que habita en este pensador alemán.

De tal forma, la realidad, la vida y el mundo son el mal antes que el bien. Adoptando una de estas dos vertientes: la de un atrincherado estado mental negativo, o una permanente expectativa de lo peor bajo cualquier circunstancia imaginable, y la de un sistema filosófico compacto. El primer ejemplo puede surgir, dependiendo del temperamento del individuo, de la reacción de una persona ante la controversia entre el mundo como es y el mundo como podría ser. Así, pone la existencia en este mundo como un hecho arraigado en la miseria, el dolor y una lucha sin fin como en el caso del justo Job que ya hemos mencionado.

¹² SCHOPENHAUER, Arthur. *Parerga y Paralipomena*, I. Trotta, Madrid, 2006, p. 320.

¹³ Job 2:13. *La Biblia*. Verbo Divino, Navarra, 2007.

La vida del hombre es como un servicio militar, y sus días como los de un jornalero; como esclavo, suspira por la sombra, como jornalero, espera su salario. Meses de desengaño me han llegado y noches de sufrimiento me han tocado en suerte. Al acostarme digo: "¿Cuándo será de día?" la noche se me hace interminable y las pesadillas no me abandonan hasta el amanecer. Mi carne está cubierta de gusanos y de costras, mi piel se abre y no deja de supurar. Mis días corren más rápido que la aguja, se han acabado al terminarse el hilo. Recuerda que mi vida es un soplo, que mis ojos no volverán a ver la felicidad. El que me veía, ya no me verá; cuando me mires ya no estará. Como nube que pasa y se deshace, así es el que baja al abismo para no regresar; ya no retorna a su familia, su casa no lo vuelve a ver. Por eso daré rienda suelta a mis palabras; hablaré, pues mi espíritu está angustiado; me quejaré pues estoy lleno de amargura¹⁴.

Es decir, un pesimismo general que rodea la idea de que todo fin y propósito de la vida son ilusorios, donde el concepto de vanidad tomará un pliego central y el de egoísmo retomarán el papel central que en nuestras sociedades contemporáneas les adjudican. Donde a partir del sistema económico que se viva, se presentarán como anti valores sociales, como elemento ético de la reflexión de nuestro texto principal. Pero ya volveremos sobre esta parte para ampliarla más y ver cómo el autor la asume esto en su sistema y totalidad de pensamiento.

Cuarto, la vida y la muerte, son dos términos que se pueden abordar desde diferentes puntos de vista: Es así como el concepto de vida o existencia, inseparable del de muerte o inexistencia, y su trascendencia, han sido y son diferentes en los distintos lugares y épocas de la historia de la humanidad. Schopenhauer tuvo esta concepción del origen de la vida en la voluntad gracias a un planteamiento que partía de la concepción de la naturaleza de la conciencia como impulsora.

¹⁴ Job 7: 1-11. *La Biblia*.

Es decir, ya desde el principio de esta obra fundamental de Schopenhauer la representación es el primer hecho de la conciencia, cuya "división en objeto y sujeto es su forma primera, más general y esencial"¹⁵, antes incluso de que el principio de razón y el de individualización especifiquen el lado del objeto y determinen después las relaciones posibles entre objetos. Por esta razón, el mismo Schopenhauer al inicio del libro tercero busca coordinar su concepto de idea con el nivel propio de abstracción de una representación en general. De tal manera, así mostró una fuerte influencia budista en su metafísica y un logrado sincretismo de ideas budistas y cristianas en sus reflexiones éticas como lo aclara Hartmann en sus escritos.

Resumiendo los cuatro puntos fundamentales del pensamiento de Schopenhauer tienen que ver con la manera como él asume la vida, como una ventana hacia el pesimismo ante la posibilidad de la existencia; una opción como la muerte como vía de libertad, expresadas en su obra el mundo como voluntad y representación del ser humano, partiendo de la críticas al pensamiento de Kantiano sobre la cosa en sí, y para mí. De tal suerte continuemos con nuestro itinerario y avancemos en el proceso de conocimiento de nuestro autor y su obra, adentrándonos en el espeso bosque de lo que él concibe como existencia, de la píldora fuerte que es el dolor ante quienes hoy día lo quieren negar, de la diatriba y aventura que él nos plantea por vivir, con la cara puesta a la misma vida que por función opuesta nos lanza a la muerte, o como Freud expresará a nuestra realidad 'tanática' de confrontar el paso por éste mundo.

¹⁵ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 73.

3 La vida para Schopenhauer

Y...¿Yo también?¹⁶.

... sopló en su nariz un aliento de vida, y el hombre fue un ser viviente¹⁷.

En definitiva el tema de la vida no es novedoso y como Savater y el mismo texto sagrado lo pregonan todos tenemos este bien o mal, del que muchas veces no somos conscientes, o queremos negar, donde lo representamos más no lo significamos, pero dependiendo de dónde nos paremos y miremos qué es lo que entendemos por la bondad o maldad de nuestros actos, o simplemente nos ahogamos en la desesperación de lo que puede ser el dolor, de lo que significa para cada uno de nosotros, como el llanto, o como la misma sonrisa es que nos acercaremos al concepto de existencia como vida y no como estertor.

Cuando queremos hablar acerca de la vida, por obligación el autor nos plantea como punto de partida al hombre, una raíz antropológica punto de partida de Schopenhauer para reflexionar acerca del hombre, la finitud, la representación y la voluntad, que es el cuerpo. Éste es nuestra contingencia, es nuestra nulidad o quizá como Morin lo sugiere nuestro foco negentrópico de caducidad. Donde el cuerpo del sujeto se revela como expresión de la Voluntad, y esta como la vida, como su manifestación, como su objetivación, pues la Voluntad se ofrece como esencia en sus distintos órganos.

Y así es como la voluntad, que representa el fondo último de la realidad logra objetivarse, produciendo ideas conocidas, y nuestro lenguaje manifestando la existencia de esta esencia

¹⁶ SAVATER, Fernando. *Las preguntas de la vida*, p. 34.

¹⁷ Gn. 1:7b. *La Biblia*.

objetivada, el estar acá, el ser arrojados acá, donde la dialéctica de rumiar nuestro *Sein* y *Dasein* en las gotas que son el tiempo, que se escurre por nuestros dedos, no le queda más camino que ser acogido por nuestro lenguaje. Entonces, es *la cosa en sí* -kantiana-, la que conforma el contenido interno o esencia del mundo, mostrándonos aquel impulso que nos lleva a vivir, a seguir adelante. Donde el cuerpo y voluntad son semejantes, y entre ellos a través de una *koinonía* identitaria que se manifiesta "en cada movimiento vivo y pronunciado de ésta, es decir, cada afecto, conmueve inmediatamente al cuerpo y su mecanismo interior que perturba la marcha de sus funciones vitales"¹⁸, diciendo a nuestra conciencia que estamos vivos, quizá como el marco del discurso del método cartesiano que evocaba el saberse que nos preguntamos, que estamos vivos, que existimos; un lamento del profeta pero también un lamento del peregrino: *cogito ergo sum*.

En este orden de ideas, el conocimiento que poseo de mi voluntad, puede separarse de mi cuerpo, un *rex extensa versus* un *rex cotigans* pues como el autor aclara "reconozco mi voluntad, no en su totalidad, no como unidad, no completamente en su esencia, sino solamente en sus actos particulares; así, pues, en el tiempo que es la forma fenomenal de mi cuerpo, como de todo objeto; de aquí que el cuerpo sea la condición del conocimiento de mi voluntad"¹⁹.

Por tal motivo, en el momento en que uno realiza una representación intuitiva del propio cuerpo, uno adquiere conciencia de su voluntad, pero no únicamente como una representación, sino como la voluntad que existe, que da sentido a la volición, es decir, al querer. En el momento en que

¹⁸ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 92.

¹⁹ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 92.

nos percatamos que el mundo y uno mismo es representación y voluntad, vemos al cuerpo como el punto de partida y la clave para descifrar el misterio del mundo o de la existencia.

En palabras de Schopenhauer es pensar al sujeto de conocimiento, que forma una identidad con el cuerpo y que como individualidad tiene manifestaciones distintas de representación de su vida.

(...) una vez como representación en la intuición del entendimiento, como objeto entre objetos y sometido a las leyes de estos; pero a la vez, de una forma totalmente diferente, a saber, como lo inmediatamente conocido para cada cual y designado por la palabra voluntad. Todo verdadero acto de su voluntad es también inmediata e indefectiblemente un movimiento de su cuerpo: no puede querer realmente el acto sin percibir al mismo tiempo su aparición como movimiento del cuerpo. El acto de voluntad y la acción del cuerpo no son dos estados distintos conocidos objetivamente y vinculados por el nexo de la causalidad, no se hallan en la relación de causa y efecto, sino que son una y la misma cosa, solo que dada de dos formas totalmente diferentes: de un lado, de forma totalmente inmediata y, de otro, en la intuición para el entendimiento. La acción del cuerpo no es más que el acto de voluntad objetivado, es decir, introducido en la intuición. De aquí en adelante se nos mostrará que lo mismo vale de todo movimiento del cuerpo, no solo del que se efectúa por motivos sino también del movimiento involuntario que se produce por meros estímulos; e incluso que todo el cuerpo no es sino la voluntad objetivada, es decir, convertida en representación²⁰.

En el fondo, la voluntad manifiesta el dolor e imperfección de la vida, pues la voluntad es el origen de todo dolor e imperfección de la vida, a partir de ella surge todo dolor y todo mal. Siempre y cuando entendamos que esa voluntad es voluntad de querer,

²⁰ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 71.

y esta como ya lo hemos mencionado es camino de dolor porque es camino de comparación, de alejarnos de nuestro ser. Es proceso de afirmación de lo que soy yo a través de las cosas y las otras representaciones. En consecuencia, este querer es en el fondo 'querer vivir', a través de lo otro, de lo que no soy yo como representación e identidad de mi cuerpo, sino querer ser lo otro con lo que no soy yo, corriéndose el velo de Maya, donde la vida se nos manifiesta como algo incompleto y definitivo, sino como algo indeterminado, azaroso, que nos cuantificable y menos previsible, que es doloroso para quien lo quiera determinar y conocer. En otras palabras, no es perfecto como nuestra mente lo plantea. De esta forma la conciencia descubre que detrás de la aspiración a la permanencia y a la calidad de vida, lo que encontramos es el dolor de la vida, el reconocimiento de que nos encontramos en un mundo regido por el azar, por el sin-sentido y sufrimiento. Noción que sentimos y reflexionamos a partir de nuestro existir.

Nacer y morir son para Schopenhauer cosas semejantes, una especie de opuestos complementarios, ya que ambas “pertenecen al fenómeno de la voluntad y, por lo tanto, a la vida, y a ésta es esencial manifestar, en individuos que nacen y perecen como fenómenos efímeros que aparecen en la forma del tiempo, lo que en sí no conoce el tiempo, pero debe necesariamente manifestarse en el tiempo para objetivar su verdadera naturaleza. Nacimiento y muerte pertenecen por el mismo título a la vida y se mantienen en equilibrio entre sí como condicionados recíprocamente o, si se nos permite esta expresión, como polos del fenómeno total de la vida²¹.”

²¹ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 298.

Schopenhauer resume en breves palabras qué es lo que él entiende por vivir, en lo siguiente:

... vivir es querer, toda vida es por esencia dolor... La vida del hombre no es más que una lucha por la existencia. La vida es una cacería incesante, donde los seres, unas veces cazadores y otros cazados, se disputan las piltrafas de una horrible presa²².

Esto sólo nos recuerda que la existencia se va volviendo cada vez más dolorosa, día tras día, que la vejez es el punto de llegada y la muerte la puerta de salida; a sabiendas de que por más que el individuo luche por mantenerse con vida, no puede evitar la muerte. Y lo que evita que perdamos la vida, ya por el suicidio no es el amor a ella, sino más bien el temor a la muerte, al dolor más grande que podamos sentir. Parece ser que nuestro imaginario nos invita a pensar en que el límite del dolor allí llegará a su crisol y nosotros no lo podremos soportar, al punto que la vida se desprende. No queremos asumir ese paso, ese dolor, eso es lo que nos da miedo.

Schopenhauer nos implica y nos dice que la única forma de sobrevivir es devorando lo que nos rodea. Como Hobbes lo replicará en un estado de guerra de todos contra todos, somos lobos, que nos herimos por las causas equivocadas y que la única manera que tenemos de sobrevivir sólo la conseguimos a través de sufrimientos, nuestro diario trabajo, el tener que levantarnos cuando queremos dormir, el traspasar, incluso al amar; sufrimientos que son mayores a mayor inteligencia, y que en el hombre alcanzan su mayor grado. Nuestra existencia es frágil y si no queremos perderla, debemos de cuidarla a cada instante con miles de actos que nos llenan la vida. Comer, dormir, bañarnos, ir al baño, trabajar, estudiar entre otros actos

²² SCHOPENHAUER, Arthur. *Parábolas, aforismos y comparaciones*. Edhasa, Barcelona, 1995, p. 5.

que forman un ciclo de eterno retorno en el día a día, la rutina que nos encasilla y nos esclaviza -quien no tiene para sí, dos cuartas partes de lo que trabaja es un esclavo-. Así, la vida se nos va en estos actos que nos agotan la existencia, y que tienen por finalidad conservarla. ¡Que contradicción! Cada minuto y segundo es un aserto encontrar la muerte. De esta manera, la vida es la tarea de vivir, de ganarse la vida, de conservar la vida. Es decir, una vez que la existencia se ha asegurado, la vida se vuelve una carga y el tedio se apoderará de nosotros. Así ahora, el hombre buscará desesperadamente, miles de pasatiempos, de distracciones, que hagan rápidas las horas. Primero hay que ganar la vida, y luego hacer que nos pase desapercibida. Como Marx lo vislumbró enajenar nuestra mente, alienarnos por el ambiente. Olvidar nuestra existencia.

La alienación del obrero en su trabajo, según las leyes de la economía, se expresa de esta manera: mientras más trabaja el obrero, tiene menos para consumir; mientras más valores crea, más se deprecia y disminuye su dignidad; mientras lo que produce toma más forma, él se deforma; mientras más a tono con la civilización es el objeto de su trabajo, más bárbaro se torna el obrero... No hay duda que el trabajo produce maravillas para los ricos, pero significa el despojo del obrero²³.

Al mismo tiempo, el hombre se encuentra en el mundo abandonado a sí mismo, arrojado, incierto de todo menos de su carencia y sus mil necesidades. Gasta toda su vida procurando los cuidados que requiere la conservación de su cuerpo; "el hombre es un conglomerado de necesidades cuya difícil satisfacción no le garantiza sino una condición sin dolor en la que después es entregado como presa al aburrimiento"²⁴. A todo esto se le une el imperativo natural de propagar la

²³ MARX, Carl. *Manuscritos de filosofía y economía*. Cartago, Buenos Aires, 1984. p. 59.

²⁴ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 195.

especie. A esto se debe el movimiento incesante del mundo de la vida: al hambre y al instinto sexual, a los que una vez satisfechos, se adhiere el aburrimiento. "Mientras queremos, sufrimos por la carencia que ese sufrimiento supone; cuando el querer es satisfecho, surge algo peor que el sufrimiento: el aburrimiento, que nos hace sentir el vacío de la voluntad desocupada"²⁵.

Schopenhauer considera que si la reproducción humana no fuera algo instintivo, sino más bien un acto pensado, sería dudoso que la humanidad subsistiera, ya que cada generación preferiría ahorrarse el peso de existir a los hombres venideros hasta que la especie desapareciera, o por lo menos se pensaría dos veces en tener hijos. Pero como él lo afirma en sus escritos la naturaleza nos encamina a este fin. "La razón de esto es que las consideraciones predominantes en el amor no tienen nada de intelectual, y se refieren al instinto. Lo que se tiene en cuenta para el matrimonio no es una conversación llena de chispa, sino la procreación de hijos"²⁶.

El fin último de los esfuerzos de la sociedad por el bien común, es el tratar de mantener seres efímeros el mayor tiempo posible en una vida miserable, en la que a lo mucho se puede alcanzar una ausencia relativa de sufrimientos que es siempre acechada por el aburrimiento o por la desgracia, para que estos puedan dar lugar a otra generación.

Gracias a nuestra organización social, absurda en el mayor grado, que las hace participar del título y la situación del hombre, por elevados que sean, excitan con encarnizamiento las menos nobles ambiciones de éste, y por una consecuencia natural de este absurdo, su dominio y el tono que imponen ellas corrompen la sociedad moderna²⁷.

²⁵ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 7.

²⁶ SCHOPENHAUER, Arthur. *El amor, las mujeres y la muerte*. Trotta, Madrid, 2008, p. 33.

²⁷ SCHOPENHAUER, Arthur. *El amor, las mujeres y la muerte*, p. 77.

De tal forma, Schopenhauer considera la existencia como una obligación, ante la cual, la única alternativa es cumplir. "La vida es una tarea que hay que ir realizando con trabajo, y en ese sentido, la palabra defunctus es una magnífica expresión"²⁸. Es decir, cuando morimos y llega a término la existencia del individuo, nos encontramos libres de la existencia; de la misma forma en que sólo nos sentimos libres de una tarea en cuanto la hemos cumplido. Como dicen nuestros nonos, la satisfacción del deber cumplido frente a nuestra existencia es la que nos permitirá vivir bien y mirar nuestro trasegar de la vida con sentido.

Así, mientras luchamos por cumplir con la vida, alimentarnos, conseguir el sustento y lo que nos dicen que es calidad de vida, o vivir bien, nos pasa igual que con el cine, siempre que vemos una por primera vez ésta nos impresiona, pero conforme va pasando el tiempo, y vemos la misma película otra vez, con los mismos efectos especiales, la misma historia, la misma música, los mismos actores, etc., ésta comienza a parecernos cada vez menos impresionante, y cada vez más aburrida. La novedad muere y con ella nuestra vida y también nuestro pensamiento y nuestra filosofía. Pues, al igual que el pensamiento vive por el dejarse sorprender de la vida, lo que conforma nuestra existencia.

Al paso del tiempo, los dolores, las angustias, las alegrías y las penas, propias de la vida, nos van causando cada vez menos sorpresa o entusiasmo; nuestro ánimo difícilmente se ilusiona o se entristece: ya nada nos sorprende cuando todo se observa cotidiano. El pensamiento se engecece y somos un muerto en vida, quizá una entequeia que come, que habla, que dice que siente, pero que no es así. Un autómeta, un *Golem* que funciona

²⁸ SCHOPENHAUER, Arthur. *El amor, las mujeres y la muerte*, p. 104.

por la palabra, pero no la propia sino la de otros, porque acá ya estamos demasiado ensimismados, como Marx lo concluía demasiado alienados y así como el *Golem* estamos llamados a causar nuestra propia destrucción. Aunque Žižek afirma que este es el camino más fácil para la sociedad actual, es decir, imaginar nuestra propia destrucción que imaginarnos en un cambio radical en el capitalismo, el cual obviamente sería más fácil y provechoso para todos. Pero como se puede leer en Kant se ha hecho del camino un fin, y los fines han desaparecido. Es una especie de inversión de valores, la cual debe parar. Por eso, y otras razones ya nada nos llama la atención, todo nos aburre y hace parte de nuestra rutina, rutina que llama al desazón, al suicidio a la parca, a que la muerte toque nuestra puerta.

De tal forma, todos los seres vivos nos ocupamos de vivir, pero una vez que hemos asegurado la existencia, viéndonos libres de la miseria material y moral, necesitamos eludir el hastío, el tedio, el aburrimiento; hacernos la vida pasar inadvertida, matar el tiempo, es decir, matar el aburrimiento. Después de superar la carga de la subsistencia, nosotros mismos nos volvemos una carga, y cada momento que nos pasa rápido, se ve con alegría, es decir, disfrutamos que la vida, que con tanto empeño y cuidados conservamos, nos pase desapercibida²⁹

En este sentido, "la vida del hombre oscila como un péndulo entre el dolor y el hastío"³⁰. Si todos nuestros deseos, querencias o necesidades, se satisficieran fácil y definitivamente, la vida sería insoportablemente tediosa, siendo el paso del tiempo peor tormento del que ya es. Si los hombres nos viéramos libres de los sufrimientos propios de la existencia,

²⁹ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 191.

³⁰ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 75.

el aburrimiento nos llevaría a procurarnos los unos a los otros los más infames y gratuitos tormentos. Y en su defecto perseguir, la podredumbre de la muerte.

No corremos hacia la muerte; huimos de la catástrofe del nacimiento. Nos debatimos como sobrevivientes que tratan de olvidarla. El miedo a la muerte no es sino la proyección hacia el futuro de otro miedo que se remonta a nuestro primer momento. Nos repugna, es verdad, considerar al nacimiento una calamidad: ¿acaso no nos han inculcado que se trata del supremo bien y que lo peor se sitúa al final, y no al principio, de nuestra carrera? Sin embargo, el mal, el verdadero mal, está detrás, y no delante de nosotros. Lo que a Cristo se le escapó, Buda lo ha comprendido: «Si tres cosas no existieran en el mundo, oh discípulos, lo Perfecto no aparecería en el mundo...» Y antes que la vejez y que la muerte, sitúa el nacimiento, fuente de todas las desgracias y de todos los desastres³¹.

³¹ CIORAN, Emil. *Del inconveniente de haber nacido*. Taurus, Madrid, 1998, p. 11.

4 La muerte para Schopenhauer

Se nos ha enseñado tanto a aferrarnos a las cosas, que cuando queremos liberarnos de ellas no sabemos cómo hacerlo. Y si la muerte no viniera a ayudarnos, nuestra terquedad por subsistir nos haría encontrar una fórmula de existencia más allá del desgaste, más allá de la misma senilidad³².

Para poder empezar a discutir de la muerte vamos a retomar las palabras de Cioran; el cual recoge sus pensamientos sobre el inconveniente de haber nacido, como un hecho vivido, como una existencia que llama al cuidado de sí, al cuidado de lo que tenemos, y mirar cómo gastamos con el tedio y el aburrimiento nuestro camino hacia la muerte, ese lapso de tiempo es el que se nos enseña que las cosas son importantes, y que se transforman en nuestros dioses, las cuales nos acompañan hasta la misma muerte y el más allá. Como esta es una realidad que debemos enfrentar todos, para poder discutir sobre el camino y el fin del camino, vamos a referirnos al postulado de la conciencia, como ese eje evocador que se configura en todo ser humano, administrador de experiencias, la cual nos permite mirar los elementos más efímeros de nuestra existencia y abordar la muerte como el más sutil de los pasos que tenemos que asumir.

4.1 La conciencia.

Es lo que lleva al ser humano a percatarse de su finitud, es decir, en cualquier momento ésta vida que tiene en sus manos terminará. Es ese mecanismo que reconoce lo que eres, tu problema. Y es que esta conciencia anticipada de la muerte, le

³² CIORAN, Emil. *Del inconveniente de haber nacido*, p. 50.

dará al ser humano dolor y miedo, por lo que Schopenhauer afirmará que "no es el dolor lo que tememos en la muerte, pues el dolor lo soportamos en la vida y, además, con la muerte nos libramos de él, o a la inversa, preferimos los más crueles dolores a una muerte breve y fácil"³³. De esta manera,

....cada uno de nuestros movimientos respiratorios nos evita el morir; por consiguiente, luchamos contra la muerte a cada segundo, y también el dormir, el comer, el calentarnos al fuego son medios de combatir una muerte inmediata. Pero la muerte ha de triunfar necesariamente de nosotros, porque le pertenecemos por el hecho mismo de haber nacido y no hace en último término sino jugar con su víctima antes de devorarla³⁴.

Si inevitablemente se muere, entonces hay que afrontar la vida tal y como se presenta, puesto que en esta vida está presente el dolor. Dicho con otras palabras,

el dolor es parte esencial e inseparable de la vida; que los deseos nacen todos de una necesidad, de la carencia de algo, de un dolor; que toda satisfacción no es más que la supresión de un dolor, pero no una felicidad positiva; que los placeres engañan nuestras esperanzas, haciéndonos creer que son un bien positivo, siendo, en realidad, de naturaleza negativa y no otra cosa que la cesación de un dolor³⁵.

Siendo éste, manifestado y expresado a partir del sufrimiento que adquirimos desde que somos concebidos. Desde el primer halito de aire que tomamos hasta el último suspiro que nos invita al descanso de la muerte, al descanso del dolor. Todo en nuestra vida se torna esencialmente sufrimiento, todo es dolor,

³³ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 224.

³⁴ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 244.

³⁵ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 289.

pero este tiempo, éste siglo XXI, esta época de la post-modernidad lo quiere negar. Lo quiere hacer olvidar, nos vive diciendo que todo tiene que ser placer, intensidad, un aprovechar constante las mieles que la vida ofrece e intenta esquivar el aburrimiento y el displacer. Pero la vida, se encarga de mostrarnos con gritos lo que se intenta tapar con un gemido, o con un dedo. La vida aclara sus matices con los años, con la experiencia y con la única realidad que nos discutimos: la muerte. Ante ella todos palidecemos, lloramos, ni quisiéramos enfrentarla. Pero su a su tribunal nadie tiene escapatoria recordándonos su victoria sobre la apuesta que es la vida y que con ella jugamos.

Cada exhalación e inhalación de aire en nuestro organismo es el ejemplo por excelencia de la lucha entre vida y la muerte y de los polos opuestos del fenómeno total de la vida, cada fluido corporal representaría también dicha voluntad, y la experiencia y conocimiento provendrían del cuerpo, en este caso del fluido corporal. Es entonces donde se empieza a analizar según Schopenhauer, lo que significa: 'vivir es morir'.

De alguna forma es mirar aún las doctrinas del Oscuro Heráclito de Éfeso con sus teorías de contrarios o la dialéctica platónica. Hay una lucha de opuesto que crea una tensión que es la vida. Esto significa que el pensamiento de nuestro autor más que pesimista es realista, que aquello que es negativo o gris en el autor como lo plateamos en la introducción del texto no es más que la cultura, o el miedo que cada uno de nosotros tiene frente a la muerte. Schopenhauer no es pesimista es sólo un profeta como Job, que anuncia y denuncia lo que la vida tiene, su dinámica y la recuerda al ser humano. Porque ¿quién de nosotros se atreverá a decir que recordar la muerte es ser pesimista? Ser pesimista es lo contrario; pretender que somos eternos, nada más ilusorio o que siempre tendremos mañana, o

que debemos gastar todo en un ahora en una intensidad. Eso es egolatría y sin-conciencia. Pero qué tiempo el que nos ha tocado que vivir, donde hay una inversión de valores como lo reclama Nietzsche, que lo bueno aparece como malo, sólo porque algunos exteriorizan lo que sienten y ven que venden, y se lo quieren endilgar al mercado para que se vea como lo mejor. Y nosotros, seres de exquisitos placeres, por no decir que extraños gustos, nos limitamos en lo que sentimos y que por tradición se nos ha hecho creer que es agradable. Pero mentira, sin creer que soy un masoquista no miramos que el placer carece de los no-límites que tiene el dolor, cuando se funden en la muerte.

4.2 Lo efímero de la existencia: vivir es morir.

Como lo hemos venido reflexionando a lo largo de este escrito, por ser catalogado como el 'filósofo del pesimismo', Schopenhauer también hace hincapié en la fugacidad de la vida y en lo efímero de la existencia humana.

Dentro de este marco ha de considerarse el paso del tiempo que se deja sentir de una manera por demás molesta. Acordándonos que tenemos una partida contra reloj, como cuando jugamos ajedrez, y el otro jugador es demasiado veloz es sus jugadas impidiéndonos pensar. Parecería que si el tiempo no transcurriera, o por lo menos lo hiciera a un paso más lento, nos traería menos pena y sólo esto nos llama a una vida más miserable. En cuanto se satisface un deseo cualquiera, se presenta el aburrimiento, o se hace presente una nueva necesidad. Que seres tan incompletos somos, o queremos hacernos. Y para aumentar más nuestra desesperación la sociedad de consumo nos crea necesidades artificiales que mediante nuestra mirada, hace prenda de lo que otros tienen. En este orden de ideas, lo presente impide que hallemos reposo.

Por otro lado, si en cambio, estamos disfrutando de un buen rato, el tiempo nos parecerá volar. Si estas con la persona amada, tú creerás que la has mirado o besado cinco minutos, cuando el padre tiempo ha reclamado media hora cuando el tiempo no se maneja en áreas exponenciales, porque el tedio se ha disipado, nuestra conciencia está dormida y mi yo está embelesado en los placeres que tanto reclama nuestro cuerpo hoy. Esto hace sentir, inevitablemente, que las penas oprimen la existencia la mayor parte del tiempo, mientras que los momentos alegres apenas son breves oasis en las arenas rutinariamente iguales del aburrimiento. Como lo dice un autor italiano de apellido Pronzatto, sólo cuando vislumbramos que la felicidad son puntos que viven en medio de dos mares de dolor, podremos comprender lo frágil de nuestra existencia y lo puntal de nuestra vida.

Nada hay fijo en esta vida fugaz: ni dolor infinito, ni alegría eterna, ni impresión permanente, ni entusiasmo duradero, ni resolución elevada que pueda persistir la vida entera! Todo se disuelve en el torrente de los años. Los minutos, los innumerables átomos de pequeñas cosas, fragmentos de cada una de nuestras acciones, son los gusanos roedores que devastan todo lo grande y atrevido... Nada se toma en serio en la vida humana: el polvo no merece la pena³⁶.

El individuo no vive más que el presente, que huye sin remedio hacia el pasado y que se pierde diluido en el tiempo. Lo único que queda del ayer son las consecuencias de algunos de los actos realizados por el sujeto mismo; fuera de eso, el ayer se encuentra inerte, completamente muerto; por eso hay que ser indiferentes al pasado, sin importar que éste fuera alegre o lastimero con la conciencia de que es parte de nuestro ser, de lo que somos, he aquí la madurez y la responsabilidad por lo vivido. Pero ni siquiera con esa certeza de la razón nosotros actuamos, vivimos de las edades de metal, pensando que si nuestro anterior estadio fue áureo éste siempre será mejor que el presente; vivimos de evocaciones de fantasmas del ayer,

³⁶ SCHOPENHAUER, Arthur. *El amor, las mujeres y la muerte*, p. 114.

enfocamos nuestra mente y conciencia en lo vivido y no podemos avanzar por estar mirando en la dirección adecuada.

Áurea la primera edad engendrada fue, que sin defensor ninguno, por sí misma, sin ley, la confianza y lo recto honraba. Castigo y miedo no habían, ni palabras amenazantes en el fijado bronce se leían, ni la suplicante multitud temía la boca del juez suyo, sino que estaban sin defensor seguros. Todavía, cortado de sus montes para visitar el extranjero orbe, a las fluentes ondas el pino no había descendido, y ningunos los mortales, excepto sus litorales, conocían. Todavía vertiginosas no ceñían a las fortalezas sus fosas. No la tuba de derecho bronce, no de bronce curvado los cuernos, no las gáneas, no la espada existía. Sin uso de soldado sus blandos ocios seguros pasaban las gentes. Ella misma también, inmune, y de rastrillo intacta, y de ningunas rejas herida, por sí lo daba todo la tierra, y, contentándose con unos alimentos sin que nadie los obligara creados, las crías del madroño y las montañas fresas recogían, y cornejos, y en los duros zarzales prendidas las moras y, las que se habían desprendido del anchuroso árbol de Júpiter, bellotas. Una primavera era eterna, y plácidos con sus cálidas brisas acariciaban los céfiros, nacidas sin semilla, a las flores. Pronto, incluso, frutos la tierra no arada llevaba, y no renovado el campo canecía de grávidas aristas. Corrientes ya de leche, ya corrientes de néctar pasaban, y flavas desde la verde encina goteaban las mieles³⁷.

Para Schopenhauer es claro, entonces, que después de un gran regocijo siempre viene una gran miseria, como lo leía en los sueños José, el hijo vendido, el traicionado, el mártir, el que perdonó a sus hermanos y familia. El místico.

Vienen siete años de gran abundancia en toda la tierra de Egipto. (...) Tras ellos seguirán siete años de hambre: toda la abundancia será olvidada en la tierra de Egipto, y el hambre consumirá la tierra. (...) Y aquella abundancia no se echará de ver, a causa del hambre que la seguirá, la cual será gravísima. (...) Y que el faraón haya tenido el sueño dos veces significa que la cosa es firme de parte de Dios, y que Dios se apresura a hacerla³⁸.

³⁷ FLÓREZ, Campo. «El mito de la edad de oro». En Boletín ASPU. Unipamplona, Pamplona, 2010, p. 3.

³⁸ Gn. 41:29-32. *La Biblia*.

Un estado de alegría duradero es imposible. Parece ser que las dinámicas de la vida lo proponen así. Y de lo contrario como dice Pronzatto, de no ser así no podríamos reconocer la alegría o la felicidad. Se podría deducir que, la existencia del individuo está limitada solamente al momento actual, al presente escurridizo, que en un continuo fluir al pasado, sólo avanza hacia la muerte. Este vivir del hombre, este fluir constante es un morir insistente. Todos los días bebo de la nada, bebo mi propia muerte. Veo y me acerco a mi destino. Camino hacia lo desconocido. Y como en el relato de José parece ser, que esta realidad divina que es la muerte, se apresura a encontrarme. Cual jinete del apocalipsis que cabalga a empalar a sus víctimas. "En eso salió otro caballo, de color rojo encendido. Al jinete se le entregó una gran espada; se le permitió quitar la paz de la tierra y hacer que sus habitantes se mataran unos a otros"³⁹.

Es necesario recalcar, si se considera la vida en relación con el paso del tiempo que "nuestro existir no consiste sino en un continuo aplazamiento; la vida de nuestro cuerpo supone un continuo aplazamiento del morir y la diligencia de nuestro espíritu constituye un continuo aplazamiento del tedio"⁴⁰. Dicho tedio no será más que las maneras absurdas para aplazar lo inaplazable, unas formaran parte del cuidado de sí, otras una forma de evitar el aburrimiento. Pero la forma que sea será una mentira que se le está vendiendo al alma, a la razón y a la existencia que reclama no ahogarse en el fango de la nada. Del mundo del no ser.

Este argumento corresponde muy bien a lo que la existencia del individuo está limitada, a la temporalidad del momento actual, *hinc et nunc/here and now*, al presente escurridizo, que en un continuo fluir al pasado, sólo avanza hacia la muerte.

³⁹ Ap. 6:4. *La Biblia*.

⁴⁰ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 378.

Este vivir del hombre, este fluir constante, es un morir insistente. Esto es lo efímero de la vida. Un caudal de agua que tenemos en nuestras manos, pero al querer tomar más, con el movimiento las hendiduras de los dedos aboynan nuestro objetivo, conociendo sólo las gotas efímeras de la vida. Como dice Heidegger en *ser y tiempo*: "Muy corto alcance tiene la mirada cuando se problematiza 'la vida' y se toma en seguida en cuenta ocasionalmente también la muerte"⁴¹.

Podríamos concluir este apartado diciendo que: la vida humana se mueve siempre entre el querer y el lograr. Cada momento de nuestra vida deseamos algo. Siempre necesitamos por el hecho mismo de ser contingentes. El hombre es un conjunto de mil necesidades o mil insatisfacciones, el deseo y la mirada lo colman de dolores. Como hemos visto, la vida del hombre es carencia y por lo tanto es dolorosa por su esencia.

De tal manera, este dolor o carencia intrínseca nos lleva a desear e intentar satisfacer este deseo, pretendiendo alcanzar así, cierta satisfacción por medio de la saciedad. Por ejemplo: siento sed, tomo la cantidad de agua que me satisface, y ahora ya no siento sed; en el mejor de los casos, una nueva necesidad se me manifiesta y me mantiene ocupado en esta dinámica de querer-lograr (para que el movimiento entre deseo y logro transcurra suavemente, éste no debe ser ni rápido ni lento), pero en el peor de los casos, una vez que mi necesidad ha sido aplacada, por lo menos momentáneamente, el vacío y el aburrimiento harán acto de presencia atormentándonos, llevándonos a luchar contra ellos, como luchamos contra la necesidad, entrando así de nuevo al círculo vicioso. Si no necesito agua necesito celular, o internet, o redes sociales, o

⁴¹ Martín Heidegger, *Ser y Tiempo*. Trad Juan E. Rivera. Versión online disponible en <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Heidegger/Ser%20y%20Tiempo.pdf>, p. 307.

maquillaje, o zapatos, o tal marca, o tal comida. Y así nuestra espiral crece y no somos capaces de alzar nuestra nariz de la podredumbre.

Lo curioso es que justificamos nuestro deseo por la vida; si satisface su deseo, el hastío lo invade, si no, lo invadirá la frustración. En ambos casos el sufrimiento se apoderará de él, que irremediamente luchará otra vez por alcanzar la satisfacción y huir de la frustración o del aburrimiento.

En estos domingos interminables, el dolor de ser se manifiesta plenamente. A veces uno llega a olvidarse en alguna cosa; pero ¿cómo olvidarse en el mundo mismo? Esta imposibilidad es la definición del dolor. El que esté aquejado por él no se curará nunca, aun cuando el universo cambiara completamente. Sólo su corazón debería cambiar, pero es inmodificable; también para él, existir no tiene más que un sentido: zambullirse en el sufrimiento, hasta que el ejercicio de una cotidiana nirvanización le eleve a la percepción de la irrealidad⁴².

Cuando logramos cumplir un deseo o satisfacer una necesidad, después de pasar muchos obstáculos, nos damos cuenta de que ahora que ya hemos logrado nuestro deseo nos encontramos libres del dolor, que la carencia y la necesidad nos producían; es decir: estamos igual que antes de haber deseado. El deseo satisfecho nos priva del dolor, causa y efecto del desear; y el recuerdo de esa privación, ya ahora en este nuevo estado, nos crea la ilusión del goce.

Es por esto que nunca podemos apreciar justamente los bienes que poseemos, pues no nos hacen felices más que negativamente: apartando el dolor de nosotros. Pero una vez que los vemos perdidos, llega el dolor inclemente dispuesto a reclamar lo que es suyo y que durante algún tiempo se le resistió fugitivo. Nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido. "Por esto nos es grato recordar los males que huyeron, y el único medio de gozar de los bienes actuales"⁴³.

⁴² CIORAN, Emil. *Breviario de podredumbre*. Santillana, Madrid, 1997, p. 18.

⁴³ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 215.

4.3 La Muerte

—Todo el mundo muere —dijo el hombre pausadamente, mirándome a los ojos. Su modo de hablar sugería que había captado a la perfección cuanto se agitaba en mi interior—. Toda persona tiene que morir un día u otro —añadió⁴⁴.

Si bien la muerte nos reclama lo más efímero que es la vida, una es afirmación de la otra. La muerte es tan natural a la vida como el nacer, de hecho ambos, nacimiento y muerte, son recíprocos e inversos. Son análogos y bidireccionales, un Ying y Yang que se complementan, que se rehacen, se funden y se finalizan y vuelven a empezar. En consecuencia morir es "la gran ocasión de no ser ya el yo"⁴⁵.

Pero la muerte siempre triunfa sobre nosotros; según Schopenhauer le pertenecemos a la muerte por el simple hecho de haber nacido; y tratar de conservar la vida, que se nos escapa sigilosa, sutil y rotunda, como el agua en un arroyo, no es diferente a querer que una burbuja de jabón nunca se reviente. "Cada partida es una anticipación de la muerte y cada encuentro una anticipación de la resurrección"⁴⁶.

Si al hombre le perteneciera la vida eterna, al paso del tiempo optaría por preferir la nada, por buscar lo que Dante declarara en un letrero negro, ya que por su propia disposición ésta le llegaría a parecer un tormento monótono, aburrido y absurdo prefiriendo el infierno de la muerte descrito por el poeta italiano. Del mismo modo, si el hombre cumpliera sus sueños de vivir en un mundo donde tuviera todo lo que necesita, es decir,

⁴⁴ MURAKAMI, Haruki. *La caza del carnero salvaje*. Barcelona: Anagrama, 1981, p. 101.

⁴⁵ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 237.

⁴⁶ SCHOPENHAUER, Arthur. *Parábolas, aforismos y comparaciones*, p. 78.

un mundo que no fuera miserable, lejos de ser feliz, se vería invadido por el tedio, el aburrimiento y el hastío. Y sólo en la medida en que en su vida se viera presente de nuevo la carencia, escaparía de la monotonía. Esto nos hace precisar que nosotros no somos seres de cielos ni de vidas perfectas; somos el ser que se recrea en el dolor, que en el encuentra sentido a su existencia. Sólo cuando nos faltan las cosas sabemos para qué estamos acá, únicamente cuando estamos enmarcados por el dolor nos ubicamos.

Esto nos hace pensar que la felicidad es contradictoria a la vida humana. Porque para que el hombre pudiera alcanzar la felicidad, y pudiera escapar del círculo vicioso de miseria-tedio tendría que dejar de ser lo que es: tiene que morir.

En general la muerte del hombre de bien es dulce y tranquila; pero morir sin repugnancia, morir de buen grado, morir con alegría es privilegio del hombre resignado, de aquel que renuncia a la voluntad de vivir y reniega de ella, porque él sólo quiere una muerte real, y no aparente; por consiguiente, no siente ni el deseo ni la necesidad de permanencia de su persona⁴⁷.

A esto hay que agregar que las alegrías rara vez cumplen la felicidad que la esperanza nos había prometido; mientras que casi siempre los dolores superan ampliamente nuestra imaginación. Por eso, lo más sabio, según Schopenhauer, es considerar la vida como un continuo desengaño.

Todas las promesas de la esperanza nunca son cumplidas, o se cumplen tan sólo para mostrarnos que, en realidad, la espera no valía tanto la pena. Y lo poco que nos ha dado la vida, nos lo da tan sólo para quitárnoslo, inclusive la vida misma.

⁴⁷ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, pp. 237-41.

Es claro que el hombre es el único ser vivo que lleva en sí el concepto de la muerte. Vemos al individuo nacer y morir; lo vemos salir de la nada, sufrir luego por la muerte y volver a la nada de donde salió como Sartre lo expresó somos una nada que nada en medio de dos nada, la nada que fuimos antes de nacer y la nada que seremos después al morir. Por ende nuestra existencia es una nada compleja, que desengaña y ante esta realidad palidecería el más valiente, frente a este evento palidecemos todos.

De tal forma, "...no conocemos mayor juego de dados que el del nacimiento y la muerte"⁴⁸. En cada momento estamos en peligro, podemos morir ante las más fortuitas, absurdas e insignificantes circunstancias. La vida es azar. Y a pesar de que siempre estamos seguros de que algún día moriremos, la muerte sólo nos angustia en ciertos momentos en que algún hecho nos la trae a la imaginación. La muerte de un amigo querido, o la de nuestros padres o hermanos o la de algún conocido. Pero ante la poderosa voz de la naturaleza, la reflexión puede poco. En el hombre, al igual que en el animal, que no piensa, existe la convicción de ser él mismo la naturaleza, el mundo mismo, el centro del universo, lo cual impide que la idea de una muerte inevitable le atormente demasiado, así perdemos la condición de *sapiens-sapiens* los llamados doblemente a pensar, es decir, a reflexionar y volvemos a emular al gran mono que se afeita, pero que al final no deja de ser eso un simple animal; gracias a lo cual, se debe que el individuo pueda llevar su vida con tranquilidad, como si ésta nunca terminara. Y tan fuerte es esta idea que se podría asegurar que ningún hombre tiene la convicción completa de su muerte, "pues, de ser así, no habría la diferencia que hay entre el estado de ánimo de un hombre en general y el de un condenado a muerte"⁴⁹.

⁴⁸ SCHOPENHAUER, Arthur. *El amor, las mujeres y la muerte*, p. 123.

⁴⁹ SCHOPENHAUER, Arthur. *El amor, las mujeres y la muerte* p. 145.

Schopenhauer, inspirado en las diferentes formas de vida que conforman la naturaleza, llega a reflexionar que "nuestra vida debería de ser considerada como un préstamo que nos hace la muerte, y el sueño sería el interés diario pagado por este préstamo"⁵⁰. Pues al despertar (morir) de un sueño, nos daríamos cuenta de que su resultado último tan fatigosamente buscado, el conocimiento de dicha realidad, estaba ya supuesto como condición inexcusable en el primer punto de partida (nacer), en la pura existencia. Es decir, conocemos algo de la muerte por el sueño, pero dicho interés que gana poco o muchos intereses según nuestro estilo de vida revela la realidad de nuestro despertar, o sea, nuestra muerte.

Para nuestro autor en cuestión, lo que causa temor de la muerte no es el dolor que la puede acompañar, ya que el dolor lo soportamos diariamente, además de que la muerte nos libera de él, e inclusive estamos dispuestos a pagar con dolores el precio de seguir vivos. Lo que nos causa el temor a la muerte es más bien el aniquilamiento del individuo, y es así que nos rebelamos ante ella. Es decir, cuando hacemos el acto Shakesperiano de tomar la calavera en nuestras manos y preguntarnos por el ser o no ser, cuando retomamos la lámpara y acompañamos a Diógenes de Sínope en su búsqueda de sentido de la realidad del ser humano, en ese instante cuando se nos pudre nuestra carne, cuando se nos agrieta la vida que ya no hay en nuestro ser, cuando el pellejo se abraza con el hueso y ese himeneo fulgura un pútrido olor, es que nosotros tememos a la muerte al no ser. Recordemos a Shakespeare en su tragedia que nos recrea la futilidad de la vida y la existencia.

⁵⁰ SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, p. 33.

HAMLET.- Existir o no existir, ésta es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, u oponer los brazos a este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo, porque el considerar que sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos. Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres más indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios? Cuando el que esto sufre, pudiera procurar su quietud con sólo un puñal. ¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta si no fuese que *el temor* de que existe alguna cosa más allá de la Muerte (aquel país desconocido de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan; antes que ir a buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta previsión nos hace a todos cobardes, así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia, las empresas de mayor importancia por esta sola consideración mudan camino, no se ejecutan y se reducen a designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones⁵¹.

Shakespeare y Schopenhauer reducen el recogimiento del individuo, su angustia por su muerte propia a un hecho insignificante. Al principio metafísico de la creación, a la Naturaleza omnipotente y despiadada, nada le importan la vida o muerte del individuo. El individuo le es indiferente a una naturaleza que, como voluntad ciega que se objetiva en sus

⁵¹ SHAKESPEARE, William. *Hamlet*. Villalpando, Madrid, 1978, p. 98.

criaturas, asegura la continuidad de su objetivación en la preservación de la existencia de las especies. Es el desdén que la pobre Ofelia ha vivido, es la falta de consideración del no existir que atrapa a todos por igual. El individuo y la identidad no importan, lo que importa es que a todos trata por semejanza. Ese es el dormir, esa es la muerte, ese es impuesto diario que no parece con los días aumentar, sino disminuir frente a la conciencia de que se nos acaba el tiempo de estar acá. Y el estertor en nuestra vida cobra sentido, nos cobija. Nos muestra su navaja afilada. Su hoz. La Parca nos mira y nosotros sobrecogidos sentimos un frío que recorre nuestra espina dorsal y la piel siente calosfríos.

Habría que decir también que el hombre ocupa el último sitio en la evolución de la creación, "Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sojuzgadla; ejerced dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra"⁵², pero no es menos cierto que fue creado por equivocación: un error en la creación que nunca debió de existir. Desde la perspectiva de Schopenhauer, la muerte propia no sólo es indiferente para la continuación de la existencia, sino también es la necesidad que la propia naturaleza reclama para enmendar el error de su creación. Y por eso, continúa Schopenhauer, "la individualidad de la mayoría de los hombres es tan miserable y tan insignificante, que nada pierden con la muerte."⁵³. Pero la angustia por mi muerte no se mitiga con saber que a la naturaleza le es indiferente este hecho, ni con saber que a mi muerte aquello que yo fui retorna al origen que sostiene la

⁵² Gn. 1:28. *La Biblia*.

⁵³ SCHOPENHAUER, Arthur. *Gjbtrans*. 2004. Recuperado el 6 de 4 de 2011, de *Metafísica del amor. Metafísica de la muerte*. Disponible en <<http://tiffabr57.gjbtrans.com/uncategorized/articulos-sobre-la-muerte-aion-mx/>>

creación. A mí me es indiferente que la aniquilación de mi existencia retorne al ser o se hunda en la nada, yo me angustio por la total aniquilación de mi existencia. Y vivir con este temor es lo que vuelve a pintar al autor como pesimista, a sabiendas que no es él, el pesimista en la obra de Schopenhauer es el que tiene vida, quien se da cuenta que tendrá que morir. Por eso nuestra sociedad moderna intenta cegarnos sobre esta realidad, o por lo menos producir en nuestra mente una amnesia selectiva de nuestra existencia volcándonos sobre nuestros sentidos.

Lo que quiere decir que comprendo que mi muerte sólo me concierne a mí y a nada ni a nadie más que a mí, es mi realidad individualizante, que incluso el mismo hijo de Dios tuvo que vivir sólo, que nadie pudo actuar *in persona Christi*, sino que se relegó y resignó a su realidad como lo recuerda el texto sagrado, "Luego inclinó la cabeza y entregó el espíritu"⁵⁴; pero no puedo evitar el sentimiento de la angustia de que con mi muerte se me niega la posibilidad de seguir habitando en el mundo, así esta realidad sea de dolor, de insatisfacción constante.

Llegando a este punto a reconocer la muerte como un acontecimiento necesario, como el corte temporal de la existencia, pero no siendo esta realidad suficiente para aceptar mi partida. Ni esto significa que saber que voy a morir me da experiencia profunda sobre esta realidad, sólo me deja en el mismo estado de todos, la inopia total de la ausencia de la existencia. Este rechazo que refleja mi angustia no proviene de un defecto de saber. Me angustio por mi muerte, no porque en ella mi ser se hunda en la nada, sino por la limitación que la aniquilación de mi existencia como nada significa para mí. Es decir, el no saber nada sobre esta realidad le quita significado a mi vida y crea el significante de la muerte a flor de piel.

⁵⁴ Jn, 19:30. *La Biblia*.

No cabe duda que ninguna invención filosófica o religiosa o de otra índole puede calmar la angustia por la muerte propia, porque esta angustia no es por saber de la muerte, sino por ser para la muerte como Heidegger en algún tiempo lo expresa al mirar nuestra temporalidad. "Sólo el ser libre para la muerte le confiere al Dasein su finalidad plenaria y lanza a la existencia a su finitud"⁵⁵.

Así podemos decir, que la angustia de mi muerte me lleva a preguntar por mi libertad. Quizás el peso de la carga de tener que hacerme responsable de mi libertad desmienta esa posibilidad a la que aspiro de alcanzar una perfecta realización. Por lo tanto, mi libertad me impide, por más que me esfuerce, a delinear una completa realización de mi ser. Si no fuera por mi muerte, yo sería un ser eternamente insatisfecho. La cuestión es que, a nuestros ojos, la muerte casi siempre se equivoca: llega cuando no debe llegar, por lo que pocas veces es bien recibida. Además, no sólo es inoportuna, sino que desbarata y disuelve la obra que con tanto afán y esfuerzo habíamos construido nuestra vida propia.

En este orden de ideas, la situación del hombre libre es igual de ambigua que la condición de la muerte. Así como el hombre es libre sólo potencialmente, del mismo modo tiene que aprender a morir. La vida del hombre está dirigida a la realización de su libertad y a la preparación para su muerte (una finalidad de la vida que raya en el absurdo o insospechado para nuestra sociedad contemporánea). Pero el asunto se complica aún más porque el privilegio de su libertad pone al hombre en la condición de un ser abandonado a su suerte.

⁵⁵ HEIDEGGER, Martin. *Ser y Tiempo*, p. 384.

Porque el hombre se siente abandonado cuando le toca morir. Y no entiende que es necesario morir, que esa es su principal fortuna y sentido de vida. Porque ser eternos ese sería el verdadero desdén, el principal aburrimiento y la vida perdería interés. Ese sería un dolor sin sentido que nos llevaría a una locura en nuestro acto moral, es decir, en nuestra libertad.

Antes de ofrecer mis conclusiones sobre el tema que hemos intentado desarrollar quiero cuestionarme nuevamente ¿es o no el filósofo del pesimismo? ¿Podría parecer, después de lo expuesto, que Schopenhauer es un pensador desesperanzado? Porque ante la interrogante que se deriva del problema de la existencia (vivir o no vivir, Shakespeare) responde que no hay salida alguna. ¿Cuál es la verdadera postura de Schopenhauer? ¿De verdad la vida humana tiene algún valor? ¿Esta existencia tendrá algún sentido? ¿Qué es vivir? Y frente a todas estas preguntas la respuesta puede ser sencilla, todo es sufrir. Para Schopenhauer esta vida no tiene otro fin inmediato que no sea el sufrimiento; respuesta que expone claramente tanto en *El mundo como voluntad y representación*, al igual que en el ensayo titulado *Sobre los dolores del mundo*. Y ¿qué es el sufrimiento? La respuesta es tan sencilla y compleja como lo anterior, sufrir es vivir.

De lo anterior podemos preguntarnos y ¿cómo escapamos del sufrimiento? O ¿cómo lo afrontamos? Porque el ser humano siempre busca alternativas por la razón, tendríamos que irnos con la idea que la vida es una broma pesada, pues parecería que lo más sabio para evitar el sufrimiento, sería practicar un sentido del humor, negro, irónico y sarcástico (muy al estilo schopenhaueriano) que nos permitiera reírnos, tanto de las desgracias propias como de las ajenas. Pero esta posición será tema que nos ocupe otro escrito posterior.

Obviamente, como ante todo sistema filosófico, nos podemos hacer varias preguntas que tengan por objeto avanzar en la comprensión del tema e inclusive que nos ayuden a fundamentar una crítica que nos encamine, quizás, a corregir el rumbo, y vemos que las respuestas sólo plantean más preguntas y así la espiral se torna hacia un círculo vicioso. Donde la dialéctica platónica cobra vida en nuestro proceso de comprensión de la existencia.

5 Conclusión

Terminemos diciendo que, si nos aceptamos como seres contingentes, tendríamos necesariamente que aceptar la carencia como algo intrínseco a nuestra existencia. Es decir, Schopenhauer nos mostraría que el hombre es: perfectible, que el hombre no es el Ser, que su existencia no es necesaria, y que le son características la muerte, la contingencia, la carencia, el deseo y la necesidad.

Porque si fuéramos seres acabados, completos, no nos haría falta nada, no nos haría falta alimento, no nos haría falta salud, no nos haría falta compañía, etc. Pero no lo somos, todo nos hace falta, sin importar cuanto tengamos; inclusive sentimos que nos hace falta vida. El hombre sufre: el hombre desea. Ese es el círculo vicioso en el que nos encontramos prisioneros, esclavos de la voluntad de vivir.

Respecto a la muerte, no hay nada tan evidente ni nada que nos pueda resultar tan misterioso e incomprensible como el hecho de saber que nos dirigimos hacia la muerte, pues es la única experiencia que se nos mantiene velada. Por más que intentemos aproximarnos a ella por analogías y suposiciones, esta experiencia es un secreto que sólo le pertenece al muerto. El que ha muerto no puede ya decirnos nada al respecto. Por el

contrario, el que está a punto de morir conserva la palabra justo porque el acontecimiento de la muerte aún no se ha presentado en él. A los vivos la muerte se nos entrega de otra forma: o sólo vemos las señales que ha dejado tras de sí, es decir, sus efectos, o contemplamos la inminencia de su proximidad hasta el último instante que precede al acontecimiento mortal.

El enigma de la muerte no ha dejado nunca de asombrarnos. Por más aspiraciones que tengamos de procurar hacer comprensible lo incomprensible de ella, por más esfuerzos que hagamos por dotarla de sentido y darle significación, su comprensión no aminora ni libera de la angustia que cada quien siente ante el futuro ineludible de su propia muerte. Comprendemos sólo lo más evidente de la muerte y a partir de esa evidencia nos formamos un concepto general: la muerte como acontecimiento universal y necesario que acompaña al proceso de la vida sobreviene a todo ser viviente. En su concepto general, la muerte es cesación de la existencia. Pero esta aproximación general a la muerte no mitiga el abatimiento que yo pueda sentir por mi propia muerte. En esa concepción tan general no obtengo aliento suficiente para la aceptación de mi propia muerte.

Sabemos que desde su nacimiento el hombre ha sido signado por la muerte. La concesión de la vida incluye esta concesión. Pero aunque ella sea condición de posibilidad de la vida misma, y de igual forma, la condición de posibilidad de la muerte sea la vida misma, el hombre no sabe morir, aprende a morir. ¡Y ese aprendizaje dura nada más y nada menos que lo que dura su propia vida! Montaigne, Cicerón y San Agustín, entre muchísimos otros, ya lo habían dicho: la vida no es más que una preparación para la muerte.

La filosofía y la religión también preparan al hombre para este hecho. Pero el camino de esa preparación exige como condición de su cumplimiento renunciar a una sobrevaloración del yo, e incluso al mismísimo yo. No se puede aceptar la muerte si no se cumple primero con la condición de la renuncia al yo. ¿No es desgarrador, sin embargo, que para aceptar mi muerte -la aniquilación total de mi existencia- tenga que aprender ya desde el transcurso de mi vida a renunciar a mi yo por el que afirmo y reconozco la singularidad de mi vida? ¿Por qué esta exigencia? ¿Es legítima? ¿Esa exigencia no menosprecia la vida en favor de la muerte? ¿Es esta exigencia mera fabricación del pensamiento o es una real condición que impone la muerte? Estas serán las condiciones que nos pongan en un estado existencial para que la vida cobre sentido.

Bibliografía.

1. BORGES, Jorge Luis. *Cuarteta, Obra poetica completa*. Alianza, Madrid, 1999.
2. CIORAN, Emil. *Breviario de podredumbre*. Santillana, Madrid, 1997.
3. CIORAN, Emil. *Del inconveniente de haber nacido*. Taurus, Madrid, 1988.
4. *La Biblia*. Verbo Divino, Navarra, 2007.
5. FERRATER, José. *Diccionario de Filosofía*. Sudamericana, Buenos Aires, 1964.
6. FLÓREZ, Campo. «El mito de la edad de oro». En Boletín ASPU, Unipamplona, Pamplona, 2010.
7. HEIDEGGER, Martin. *Ser y Tiempo*. Trad Juan E. Rivera. Versión online disponible en <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Heidegger/Ser%20y%20Tiempo.pdf>
8. MARX, Carl. *Manuscritos de filosofía y economía*. Cartago, Buenos Aires, 1984.
9. MURAKAMI, H. *La caza del carnero salvaje*. Anagrama, Barcelona, 1981.
10. SAVATER, Fernando. *Las preguntas de la vida*. Ariel, Barcelona, 2000.
11. SCHOPENHAUER, Arthur. *El amor, las mujeres y la muerte*. Trotta, Madrid, 2008.
12. _____. *El mundo como voluntad y representación*. Trotta, Madrid, 1988.
13. _____. *Gjbtrans*, 2004. Recuperado el 6 de 4 de 2011, de *Metafísica del amor. Metafísica de la muerte.*: <http://tiffabr57.gjbtrans.com/uncategorized/articulos-sobre-la-muerte-aion-mx/>
14. _____. *Parábolas, aforismos y comparaciones*. Edhasa, Barcelona, 1995.
15. _____. *Parerga y Paralipomena, I*. Trotta, Madrid, 2006.
16. SHAKESPEARE, William. *Hamlet*. Villalpando, Madrid, 1983.